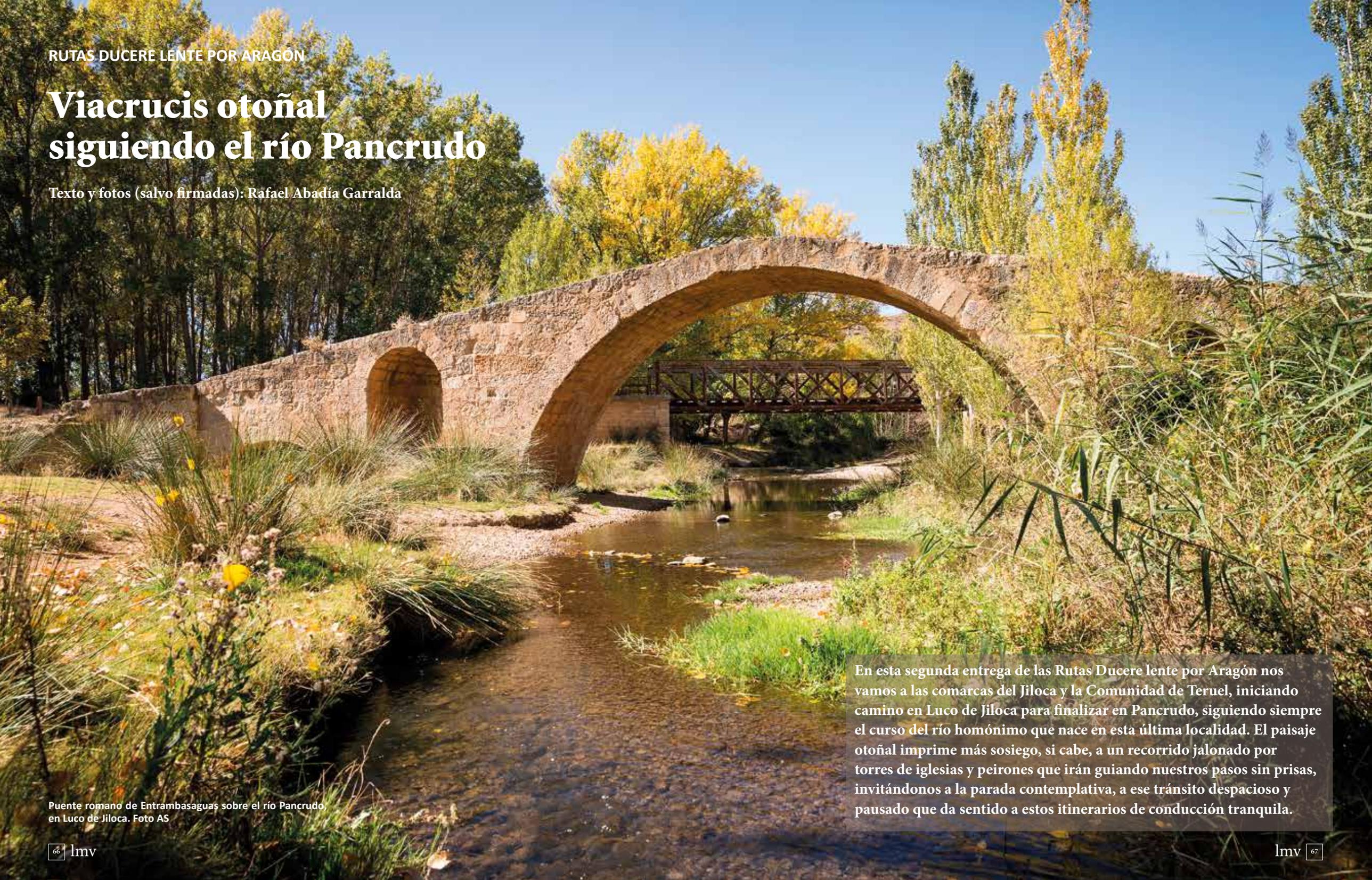


Viacrucis otoñal siguiendo el río Pancrudo

Texto y fotos (salvo firmadas): Rafael Abadía Garralda



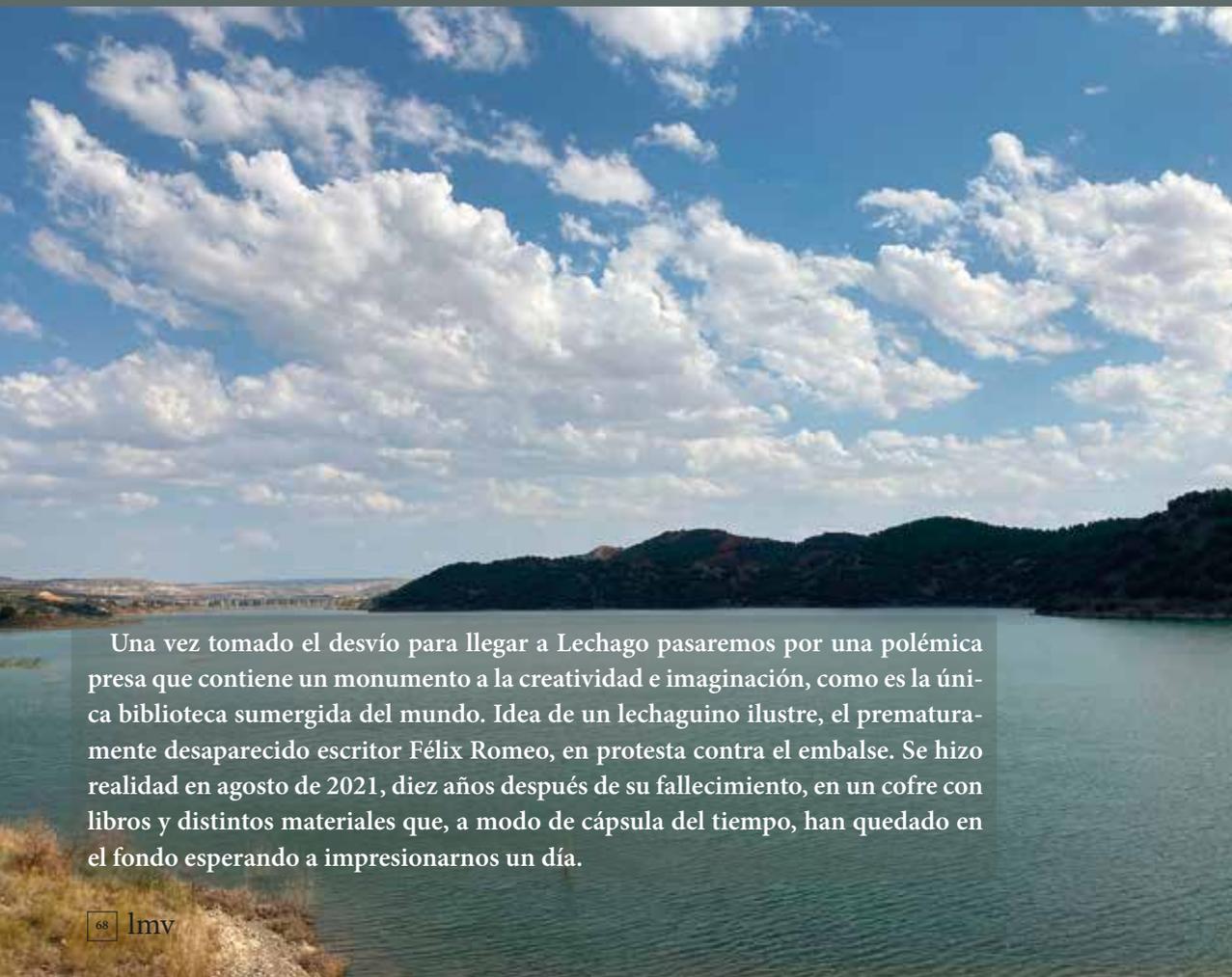
Puente romano de Entrambasaguas sobre el río Pancrudo, en Luco de Jiloca. Foto AS

En esta segunda entrega de las Rutas Ducere lente por Aragón nos vamos a las comarcas del Jiloca y la Comunidad de Teruel, iniciando camino en Luco de Jiloca para finalizar en Pancrudo, siguiendo siempre el curso del río homónimo que nace en esta última localidad. El paisaje otoñal imprime más sosiego, si cabe, a un recorrido jalonado por torres de iglesias y peirones que irán guiando nuestros pasos sin prisas, invitándonos a la parada contemplativa, a ese tránsito despacioso y pausado que da sentido a estos itinerarios de conducción tranquila.

Iniciamos nuestra aventura en Luco de Jiloca para remontar desde allí el curso del río Pancrudo. Tras abandonar esa autovía de bonito nombre, Mudéjar (A-23), tomaremos la nacional 234 para llegar y pasear esta localidad antes tan transitada. Aquí el otoño nos ofrece su primer regalo. Un rincón en el que explotan los colores nos hace acaparar la atención antes de llegar a ese puente sobre el Jiloca asociado a época romana, aunque hay voces que lo separan de la misma. En cualquier caso su belleza y su impronta abrazando a ambos ríos es un símbolo que nos habla de unión y acercamiento.



Arriba, calle de Luco de Jiloca
Abajo, pantano de Lechago



Una vez tomado el desvío para llegar a Lechago pasaremos por una polémica presa que contiene un monumento a la creatividad e imaginación, como es la única biblioteca sumergida del mundo. Idea de un lechaguino ilustre, el prematuramente desaparecido escritor Félix Romeo, en protesta contra el embalse. Se hizo realidad en agosto de 2021, diez años después de su fallecimiento, en un cofre con libros y distintos materiales que, a modo de cápsula del tiempo, han quedado en el fondo esperando a impresionarnos un día.



Iglesia de Lechago
Ventana izquierda, Peirón de entrada a Lechago
Ventana derecha, Peirón del Pilar en Lechago

Una rotonda abrazada a un peirón da la bienvenida al visitante al entrar a Lechago. La carretera convertida en calle mayor, presenta una sucesión de casas y edificios de diferentes estilos, siempre encantadores, mientras la imagen de una torre frente a nosotros, nos invita a avanzar hacia ella. Llegamos a una placita, y observamos de nuevo, la presencia de otro peirón, con una imagen en el interior que, precisamente, apareció sobre una columna. Peirón y plaza dedicados a la Virgen del Pilar, que aquí refuerza su carácter. Enfrente, la Iglesia parroquial aparece como una construcción firme, casi con aspecto de fortaleza en su base pero que en el alto muestra la torre que nos saluda desde el principio, mostrando en contraposición su altivez y fantasía.



Junto a mí se abre una pequeña entrada que se aparta de esa calle mayor para acercarse a la entrada de la iglesia abierta bajo un precioso y vetusto arco que invita no solo a pasar sino a mirarlo y a seguir después con la mirada hasta encontrar un pequeño rincón del que forma parte ese muro desnudo y gastado de la iglesia, para finalizar en otro muro más pequeño cubierto por un pequeño tejado y que, abierto por otros dos arcos, deja entrever unos árboles que suben hacia el cielo como metáfora de una puerta celeste gritando belleza, paz y silencio.

Tras un rato de escuchar y no oír, vuelvo a recorrer la calle, ya de salida, para encontrarme con un edificio que al entrar no percibí. La ermita del Santo Cristo aparece ante nosotros reivindicándose y haciéndonos sentir extrañados por no haber reparado antes en semejante belleza. Esta construcción finalizada en una espadaña, obliga a parar y mirar antes de continuar camino y volver sobre nuestros pasos para poder observarla antes de gozar de lo que el río nos depara en su discurrir.



Paisaje de cárcavas cerca de Navarrete del Río. Foto AS



El otoño reposa sosegado

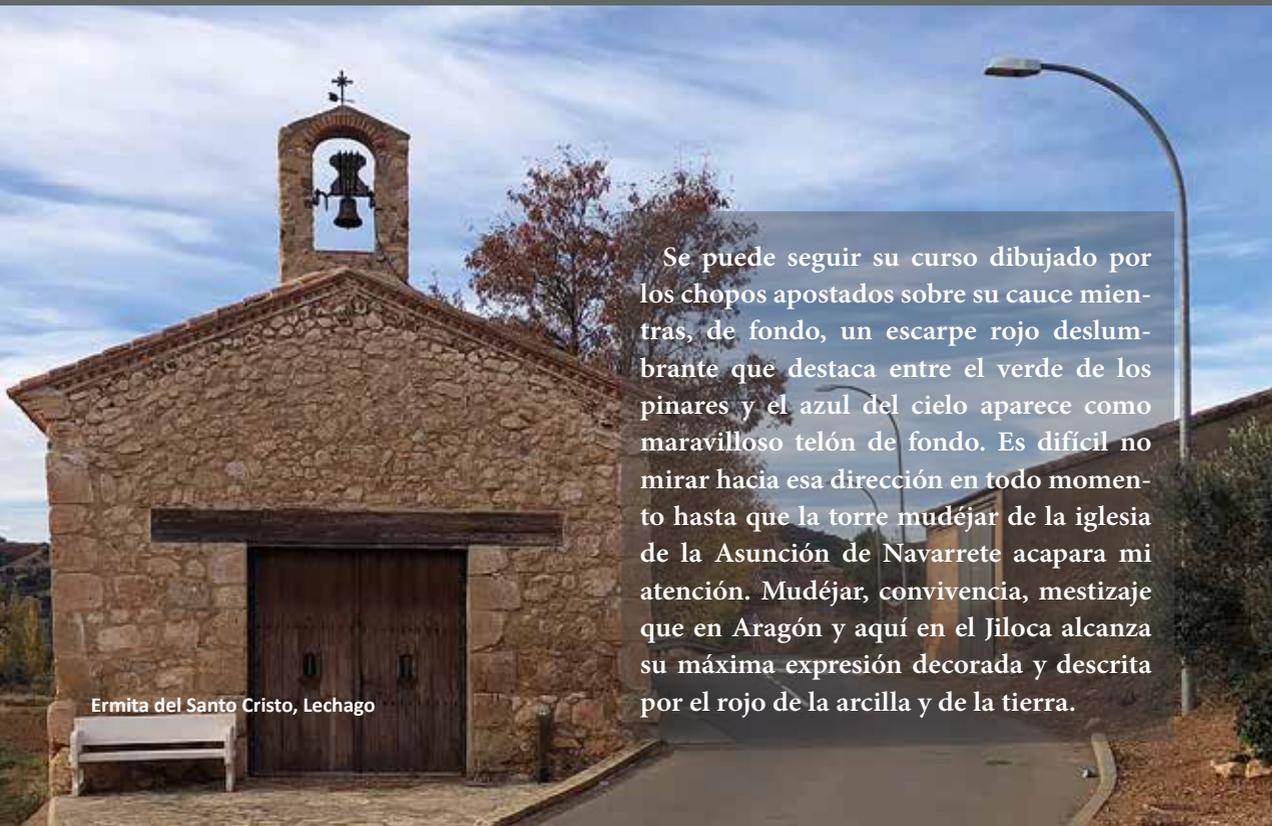


Navarrete del Río. Foto AS



Camino de Navarrete

La historia de este territorio está hilvanada por la presencia árabe, la aparición de Alfonso I y la unión y dependencia de la ciudad de Daroca hasta un privilegio del Rey Jaime I, tras el cual formaron parte de una de las sesmas o divisiones de la comunidad de aldeas de Daroca, que tuvo entidad hasta 1838. Y junto a esta historia, otro nexo de unión, la sombra siempre alargada del Cid Campeador, que en su camino y destierro a Valencia, fue dejando aquí su impronta. Hoy en día, la Ruta del Cid encuentra por estas tierras y localidades algunas de las paradas y visitas fundamentales de un itinerario histórico que atraviesa España siguiendo las huellas literarias e históricas del caballero medieval. Pero el hilo que unido a la historia hoy inspira nuestro viaje es esa estación del año, un momento muy concreto, junto al cauce de un río, que posiblemente en esta época alcance su éxtasis y apogeo.



Ermita del Santo Cristo, Lechago

Se puede seguir su curso dibujado por los chopos apostados sobre su cauce mientras, de fondo, un escarpe rojo deslumbrante que destaca entre el verde de los pinares y el azul del cielo aparece como maravilloso telón de fondo. Es difícil no mirar hacia esa dirección en todo momento hasta que la torre mudéjar de la iglesia de la Asunción de Navarrete acapara mi atención. Mudéjar, convivencia, mestizaje que en Aragón y aquí en el Jiloca alcanza su máxima expresión decorada y descrita por el rojo de la arcilla y de la tierra.

Peirones y torres

Seguimos remontando el Pancrudo hasta Navarrete del Río, donde el valle se abre ante nosotros mientras la procesión y el discurrir de la vegetación nos indica la presencia del cauce del río. Circulando por esta vía sencilla, de firme irregular y maltratado, una aparición casi divina me obliga a detenerme para observar boquiabierto. Mientras el sol de la mañana trata de abrirse camino entre las nubes, aparece ante mí una imagen casi espectral. Sobre un promontorio, una estructura se eleva hacia el cielo apuntando al mismo sol, que cuele sus rayos por unos vanos en la parte superior, regalándome una vista bellísima. El llamado peirón del Cabezuelo aparece dominándolo todo, resaltando e imponiendo su perfil sin prestar atención a su abandono, no queriendo renunciar a su valor e importancia y volviendo a recordarnos que, muchas veces, el descuido y la dejadez incrementan la belleza y el encanto.